

## ***SOBRE LA IDEA DE ACCIÓN EN EL PERSONALISMO MOUNERIANO: SER ANTES QUE HACER***

José Manuel Bautista Vallejo

### RESUMEN

El presente trabajo analiza y propone, en consecuencia, el esquema mouneriano “*ser antes que hacer*” dentro de la llamada acción personalista. La importancia estriba en que si la acción es el espesor del pensamiento, la idea fundamental es que los juicios existentes sobre el pensamiento se establezcan en torno a los actos. En estos, lo que se considera la columna fundamental es el anhelo de Absoluto. En el contexto educativo se incardina la acción personalista sobre el argumento: “la moral está en la práctica”.

### ABSTRACT

The present work analyses, and proposes, as a consequence, Mounier's scheme “being before doing” within the so-called personalist action. The importance lies in the fact that if action is thought's thickness, the fundamental idea is that the existing judgments about thought must be established around acts. In these, the mainstay is the longing for the Absolute. In the educational context the personalist action is linked to the argument “morality is in practice”.

### 1. SOBRE LA IDEA DE ACCIÓN PERSONALISTA

Es incansable Mounier en la afirmación de la acción personalista. Para esto enuncia de continuo que las fronteras entre el pensamiento y la acción, entre la pureza de la interiorización y la diafanidad de la exteriorización, la complementariedad de ambos, no es del todo clara; antes bien, las incursiones de uno sobre otro y viceversa, y la profundización del otro sobre el uno, requieren una sensibilidad difícil de obtener que permita definir la situación lo más precisa en relación con las fronteras aludidas.

Mounier, en ese afán de precisión propio de una sensibilidad extrema en relación con estas cuestiones, da un paso más adelante señalando, incluso, que no toda acción es un *acto*

(Mounier, MSP, 1936). Precisar esta cuestión es fundamental para el autor, al comienzo de su obra *Manifiesto al servicio del personalismo* (1936), para dejar sentadas las bases fundacionales de un personalismo que no pretende ser un instrumento más, esta vez de actualidad, que alimente la charlatanería de propios y ajenos. La importancia estriba en que si la acción es el espesor del pensamiento, Mounier quiere que los juicios existentes sobre su pensamiento se establezcan en torno a sus actos: pedimos –afirma Mounier (MSP, 1936: 556)–, en última instancia, «seamos juzgados por nuestros actos».

Mounier, que ha denunciado la “traición de los activos” (RPC, 1935: 175), en una clara

alusión paradójica a la “acción de los tradicionalmente activos”, y que ha expresado la “medida de la acción” del personalismo como doctrina, del que dice que es «toda civilización que afirma el primado de la persona humana sobre las necesidades materiales y sobre los mecanismos colectivos que sostienen su desarrollo» (MSP, 1936: 555), entiende que toda acción no es válida y eficaz, es decir, admisible en su utilidad para la persona y que produce un resultado lleno de valor y vigor para la misma, más que si, en principio, ha pasado por el rasero de la *verdad* que le da su sentido y de la *situación histórica* que le confiere su jerarquización al mismo tiempo que sus condiciones de realización.

En el instante en que de todos sitios, bajo el pretexto de la urgencia, se nos impulsa a actuar, no importa cómo, y no importa hacia qué, la primera necesidad es recordar estas dos exigencias fundamentales de la acción, y darles cumplimiento (Mounier, MSP, 1936: 556).

No es que, por tanto, Mounier nos presente desde su conocimiento el planteamiento de una doble tipología de acciones del hombre. Antes bien, el autor establece una visión de la única acción verdaderamente personalista del hombre. A tenor, y diríamos también, a pesar de ello, Mounier estudia con un muy destacable deseo de profundidad este tema, proponiendo tres tipos de cuestiones: la acción del hombre, o dicho de otra forma, el estudio de la actividad humana en el hombre, lo que hace personalidades más activas o inactivas, etc.

Este tema lo estudió sin medida –le sorprendió la muerte y no había culminado el *Tratado del carácter* (1946), obra que se publica años antes de su muerte en una versión ampliada con sus notas aparecidas, que dan fe de su continua preocupación por el tema de la personalidad y la caracterología– y de una manera muy particular en Mounier (TCA, 1946), abarcando una completa agenda en relación con la acción, el temperamento, temperamento-acción, etc.

En segundo lugar, obviando toda jerarquización, una cuestión aludida: no toda acción es un *acto*: poniendo de manifiesto un espectacular desarrollo que más tarde acometería en

buena parte de sus obras, en torno a la profundidad, densidad y trascendencia de la acción personalista. Para preparar este terreno, desde luego, tiene que sentar las bases de todo aquello que constituye una acción personalista, dejando claro lo que no lo es, a lo que se añade el gran beneficio proveniente del estudio caracterológico.

Finalmente, y en la posesión de toda una base de lo que es y no es una acción personalista, lo que verdaderamente le importa a Mounier es el pronunciamiento de aquello que constituye la trascendencia de la acción, es decir, en la certeza de que no toda acción es un acto, lo que constituye la acción personalista alcanza una trascendencia que le confiere un valor inintercambiable en todo el personalismo mounieriano.

Pero, en este caso, no se está ante tres ideas de la acción, sino, más bien, una forma de ver la acción personalista –de la que hemos querido destacar tres “componentes” aclaratorios de modo preliminar– que le permite a Mounier considerar los actos originales de la persona como aquellos actos que no tienen su equivalente en ninguna otra parte dentro del universo (Mounier, PER, 1949).

Dentro de este esquema adquiere todavía mayor significación el marco planteado por las verdades de base, a las que se refiere Mounier (MSP, 1936), y que le dan sentido a la acción y la situación histórica que acompaña y en la que se inserta toda acción. El marco hace situar toda acción en el entorno de personalización que incesantemente describe Mounier: la persona descubre una verdad y resuelve sus acciones en una época histórica determinada y es esta la que actúa conforme a una verdad con la que se compromete y en la adhesión a unos valores que le confieren seguridad y sentido verdadero, en una situación histórica que evidencia unas determinadas condiciones en el escenario de las realizaciones personales.

Deshojando algo más los elementos incluyentes en estas dos “condiciones” de la acción, no prescinde Mounier de la idea de que la acción debe resignarse, en esa búsqueda de la verdad que da sentido, a verdades truncadas y a verdades impuras. Al tiempo, también debe aceptar combatir verdades cautivas, aunque no deba nunca combatir la verdad: el mal y el error siempre son contruidos alrededor de una verdad parcial; dejarles

caminar bajo el pretexto de que tienen como rehén un bien que amamos, es una necedad, afirma Mounier (TCA, 1946: 703).

La verdad puede iluminar nuestras acciones, pero también es cierto que hay un riesgo que se asume en la oscuridad parcial de nuestras elecciones, lo cual nos coloca en un estado de desposesión, de inseguridad y de osadía que es el panorama de las grandes acciones. Sin embargo, una vez experimentada esta estructura trágica en la que se baña inexorablemente la acción, percibimos que «la acción es medio de conocimiento, y que la verdad se da a quien la ha reconocido y ejercido, aunque sea en el espesor de un cabello» (Mounier, PER, 1949: 63). He aquí el misterio y, al mismo tiempo, el “temblor” que supone la verdad, debido a que la persona, en su vida, aprende que el campo de batalla del bien y del mal raramente se oponen en blanco y negro, que la causa de la verdad no se distingue a veces de la causa del error sino por el espesor de un cabello.

Considerada así a la acción, por la verdad que le da sentido, lo que implica al mismo tiempo que la verdad la compromete insoslayablemente, no resulta fácil. Las consecuencias de este planteamiento de la acción las advierte Mounier (PER, 1949: 63). En el escenario de la vida personal y pública, en el sentido de que

los fanáticos le reprochan el ser vacilante porque se niega a divinizar lo relativo y honra la vigilancia. Los políticos le reprochan el ser intratable porque no olvida unas referencias absolutas. Lo valiente es aceptar esta condición incómoda y no renunciar a ella por las blandas praderas del eclecticismo, del idealismo y del oportunismo. Una acción no mutilada es siempre dialéctica.

La acción, por tanto, tiene lugar bajo condiciones que hay que interpretar y aceptar, más o menos luminosas, con mayor o menor oscuridad, condiciones de realización que confiere la situación histórica en la que se halla. Por eso Mounier considera la valentía, porque llega a ser un escenario de lucha y un combate que merece que cada generación sufra hasta la muerte si no pudiera llevarlo hasta la victoria (Mounier, CEDI, 1951: 99).

Una acción así, que es considerada por Mounier en términos de trascendencia y de combate, nos hace remitir a lo que él considera la columna fundamental de la acción: el anhelo de Absoluto (Mounier, QEP, 1947: 202).

Parcialmente hemos descrito esta relación entre el Absoluto y la acción, cuando hemos penetrado en la vinculación de la persona y la trascendencia. He aquí globalmente el significado que Mounier quiere aportar sobre la vida personal y las acciones que en ella tienen lugar; sin embargo, y en relación con lo aludido, como el escenario no llega a ser diáfano del todo, hay que matizar algunas cuestiones para caer en la cuenta de que porque el hombre está hecho para ser superado, cuyo principio de superación es la fuerza que suelda el principio de interiorización al principio de exteriorización, el cual impide a la interiorización disolverse en el subjetivismo, a la exteriorización deshacerse en el sueño de las cosas, esta superación se nos descubre como el ser mismo del hombre y, además, dirige todas las perspectivas de la acción (Mounier, QEP, 1947: 245).

En una carta escrita por Mounier en un período de juventud madura, contaba con 22 años, le expresa a su hermana Madeleine (carta de 12 de enero de 1928) esa inquietud de la vida, de su propia existencia y de aquello que le rodea. Se instiga a sí mismo a hacer algo por la vida y comprende el difícil camino del ser; por ello, entre la inquietud y la censura afirma: «ya ves, es necesario a cualquier precio que hagamos algo por nuestra vida. No lo que los demás ven y admiran, sino la proeza que consiste en imprimir el infinito en ella» (Mounier, GEN, 1954: 486). En esta carta, Mounier viene de murmurar denostadamente sobre esas personas anónimas cuyo cerebro está relleno de algunos billetes, una barra de labios, el bridge de la tarde o el ligue del día siguiente, algo que le lleva a exclamar en un brote de rabia incontenida aunque equilibrada (Mounier, GEN, 1954: 486): «¡Oh, los espíritus limitados, las personas sentadas en una cátedra, en la tribuna, en su butaca, las personas satisfechas, los inteligentes, los u-ni-ver-si-ta-rios...!».

No puede, por tanto, ser extirpada la visión trascendente de una acción, lo que incluso le permite afirmar a Mounier (PER, 1949) en

términos de acción de tipo profético o acción política, ambas, si bien la profética en mayor medida, a la voluntad consciente de hacer presión sobre una situación, unos medios que provienen de la fe en la eficacia trascendente de lo absoluto más que de la puesta en juego de la eficacia técnica, la que sería más propia, aunque no exclusiva, de la política. Dicho lo cual vamos a abandonar momentáneamente este último matiz para recuperarlo más adelante.

El problema de la acción no queda solucionado para Mounier con la referencia a la trascendencia, debido a que el camino es tortuoso y difícil de seguir, si bien tiene en la misma su asidero más fuerte y fructuoso. La vocación de los hombres será siempre deslizarse, siempre avanzar, a lo que Mounier (RPC, 1935: 468) tiene claro qué mensaje enfrentar:

la eternidad en la dirección del camino. Nuestro deber para con los valores eternos es partir por el buen camino y seguirlo. No incrustarnos en el más comfortable hotel tras la primera etapa, ni comprar a un guía para hacer el viaje en un sillón.

Todo esto nos lleva a entender que la acción personal le corresponde a cada persona, sin delegaciones irresponsables o premeditadas donde el argumento es la maquinación para recoger los frutos de otros, al tiempo que también a aprehender la profundidad y trascendencia de la acción, cuyos valores de permanencia y constancia representan el polo opuesto de la impaciencia y la búsqueda frenética de la inmediatez.

Responde a nociones que se contradicen lo que propone Mounier como deber para con unos valores, compromiso con unos valores, respecto de aquello otro que se traduce en acciones sin sentido, sin respuesta a unos valores o, en todo caso, a una especie de delirio de acción en el que se encuentra la agitación inquieta y mediocre en las naturalezas pobres; y la exaltación por la exaltación y el poder en los más fuertes (Mounier, PER, 1949).

Dentro de este planteamiento, por tanto, no es nada extraño que Mounier (TCA, 1946) proponga convincentemente que la calidad de los valores perseguidos contribuye, más que cualquier otro factor, a conferir mayor o menor

sustancia a la acción. Es por ello que «una vida encaminada hacia objetivos mediocres produce acciones mezquinas, sin desarrollo y sin alcance. En estos casos el ímpetu vital declina, y el miedo a la muerte delata la avaricia de la vida» (Mounier, TCA, 1946: 460).

Las consecuencias de que haya todo un poso de trascendencia en nuestras acciones, llevan, por ende, a Mounier a conferir tal categoría a las mismas que las derivaciones de la adhesión a unos valores mediocres o la asunción de unos fines anodinos, pueden conducir al hombre a un estado de inquietud que traiga consigo la conclusión de una actividad cuyo alcance revierta sobre el propio hombre a modo de creación que le interroga sobre la vida y sobre la muerte.

Tenemos también aquel autor español cuya obra conoció Mounier y del que afirma que «es preciso que las palabras se revistan de carácter paradójico y rostro de escándalo para hacerse escuchar» (Mounier, CRDI, 1950: 555). En esa agonía de la vida, Miguel de Unamuno sabía y quería ser provocador. Por esto, recoge en (1997: 56) la misma línea argumental:

Sí, sí, lo veo; una enorme actividad social, una poderosa civilización, mucha ciencia, mucho arte, mucha industria, mucha moral, y luego, cuando hayamos llenado el mundo de maravillas industriales, de grandes fábricas, de caminos, de museos, de bibliotecas, caeremos agotados al pie de todo esto, y quedará ¿para quién? ¿Se hizo el hombre para la ciencia o se hizo la ciencia para el hombre?

El interrogante recae sobre el hombre entero e inquiera sobre los valores en los cuales apoya su actividad. Es el hombre entero porque su más mediocre gesto lleva en sí el sello y el estilo de los fines que adopta, y en esto, claro está, si el hombre aparece en esa escala como fin o como medio.

## 2. EL HOMBRE COMO PRESENCIA ACTUANTE: SER ANTES QUE HACER

En virtud de la dimensión corporal y espiritual de la persona, Mounier ha llegado hasta

el agotamiento en la afirmación de que la persona, que no es una retirada interior como cree el individualismo, un dominio circunscrito en el que se acote desde fuera mi actividad, es una presencia actuante en el volumen total del hombre, y toda su actividad está interesada en ello.

Ya lo hemos contemplado respecto del compromiso, pues no se compromete en una acción quien no compromete en ella al hombre en su totalidad (Mounier, MSP, 1936). Esta expresión tiene dos sentidos que conviene aclarar:

*Primero*, relativo a quien realiza la acción: esta persona actúa como hombre en su totalidad;

*Segundo*, relacionado con aquello que se hace donde se aglutina a las personas.

En este sentido, se pone de manifiesto un matiz interesante, y es el de considerar a las acciones como movimientos en donde abordamos al hombre como una presencia compleja, pero también total, cuyo enfrentamiento integral no debe olvidar sus realidades y necesidades materiales y, por lo mismo, tampoco las espirituales.

Es sólo en este marco donde el muy repetido por Mounier “ser antes que hacer” admite un lugar. Mounier, muy tempranamente se había propuesto ya como misión recordar que no se podía hacer sin ser, por lo que los hombres del personalismo mounieriano intentaban ser plenamente hombres.

Sin embargo, puede dar la impresión de que el intento de ser, e incluso, la constatación del hecho de ser, en el hombre no es más que el mantenimiento de, en todo caso, “una forma de ser”, es decir, llegar a la justificación de una dicotomía en donde el ser se relaciona con el marco de las ideas, con las elecciones en un plano teórico que el hombre justifica pero que no lleva a la práctica, y el hacer que yace unido a la acción, acreditando el rendimiento práctico del hombre.

Hay que admitir que este no es el planteamiento de Mounier, al menos si tomamos el conjunto de su pensamiento. Para Mounier no cabe duda, algo que plantea en su *Manifiesto al servicio del personalismo* (1936), incluso, como “cuarta resolución revolucionaria”, de que la per-

sona tiene que ser antes que hacer (Mounier, MSP, 1936: 734). El matiz perfectamente apreciable es que, bien entendido lo que significa ser, esto nos lleva a comprender que ser es una forma de estar presente y sólo el hombre de presencia es el hombre que actúa. Este mundo de la acción que se inaugura con el ser, le lleva además a la persona, por los actos que le son propios, a la expresión de su vocación.

Es decir, la unificación progresiva de todos los actos de la persona, y mediante ellos, la de los personajes y situaciones de la misma, es el acto propio de la persona.

No es una unificación sistemática y abstracta –afirma Mounier (MSP, 1936: 608)– es el desenvolvimiento progresivo de un principio espiritual de vida, que no reduce lo que integra, sino que lo salva, lo realiza al recrearlo desde el interior. Este principio creador es lo que nosotros llamamos en cada persona su *vocación*. [Vocación que es el mismo ser de la persona].

El tema de la vocación no es tangencial sino central en Mounier (como bien han advertido muchos autores; *cfr.* Vela López, 1989; Ruiz Fernández, 1991). Como tal lo expresa en todo el desarrollo de su pensamiento y esta es la razón por la que ha formado parte de espacios concretos en este trabajo, en el sentido definitorio como manifestación del dinamismo esencial, sin olvidar la importancia que tiene para el descubrimiento en la persona del sentido de la comunidad personalista.

Recientemente, desde la perspectiva personalista mounieriana, Domínguez Prieto (2000) nos ha recordado la conclusión que se ha de adoptar admitiendo un concepto personalista de la vocación: es una llamada particular a la plenitud, una concreción para cada persona de la llamada a la plenitud, es decir, que la vocación, primariamente, es vocación a ser persona en plenitud. El origen de esta idea es para Domínguez Prieto (2000) el hecho de que todos constatamos que aspiramos siempre a más, cuando obteniendo la meta seguimos con una aspiración que puede ser infrenable, es decir, constatamos que nuestro dinamismo más íntimo es el de crecer hacia la plenitud, dar-de-sí, aspirando a existir en plenitud.

Este mismo autor señala cómo la novedad de esta idea es relativa, por asentarse en firme en pensamientos bien arraigados y destacados en la historia de la filosofía. Así, evidencia que el dinamismo básico de la persona es la aspiración a existir en cierto modo semejante a la aspiración de perfección de toda substancia en Aristóteles, al deseo de ser en sí y para sí de Sartre, o la tensión hacia el Bien de Platón.

Otros como X. Zubiri (1983) o M. Scheler (1996) también definen la vocación en un sentido que ayuda al reconocimiento del fundamento personalista de la vocación.

Zubiri (1983: 256) define la vocación como aquello «que yo soy en el fondo». De esta manera se acerca mucho en ello a lo propuesto por Scheler (1996: 28) en *Ordo amoris* para quien el “*ordo amoris*” de cada hombre (en tanto que sistema de valores apropiado) define el «núcleo del hombre». Es más, para Scheler (1996: 28) este “*ordo amoris*” es el «habitáculo en que cada hombre, que arrastra consigo donde quiera que va [...] (de manera que) repara en el mundo y en sí mismo a través de las ventanas de ese habitáculo».

Así, esta vocación es «la unidad de un sentido que lo anima todo» (Scheler, 1996: 30) y supone una unicidad en el decurso vital, es decir, la unificación de lo que va tejiendo la biografía, de lo que uno hace de sí. De este modo, la vocación expresa «el lugar que pertenece a este sujeto en el plan de salvación del mundo, y expresa también su especial faena, su “oficio” en el viejo sentido etimológico de la palabra» (Scheler, 1996: 32).

Desde el punto de vista que nos ofrece Domínguez Prieto (2000), la aportación de estos autores respecto a la vocación es que esta última implica dos momentos: mientras que para Zubiri la vocación es fruto de una elección libre, para Scheler (1996: 35), la vocación brota en la persona pero «está ya determinada por el destino». Concluye Domínguez Prieto (2000), por tanto, que en la vocación hay una llamada en función de lo que somos, y respuesta del modo concreto en que se quiere realizar eso que está llamado a ser y ya somos en el fondo.

Cuando se considera el tema del ser en términos mounerianos, por tanto, nos tenemos que situar en la dimensión de la acción, y en

aquellos actos que comprometiendo al hombre entero tienen como misión la de hacer encontrar a la persona con su vocación. El acto que considera Mounier compromete a la persona, pero, además más exactamente, es en tales actos y mediante ellos como la persona surge y se hace (Mounier, PYC, 1939).

Es claro, para el personalismo mouneriano en particular, que ser persona –entiende García Álvarez (2000)– significa aceptar la enorme tarea de decidir quién quiero yo ser, sin encarnar las imágenes estereotipadas que otros me asignan. Significa un desafío a todo concepto de la vida que ahogue la crítica o que elimine la capacidad creadora del hombre.

Así cuando se propone el hombre ser, supone como totalidad una presencia actuante, una inversión de energías en los caminos elegidos que ya no tienen retorno. En las manifestaciones de esta acción podemos colocar este principio creador que Mounier identifica con la vocación, más allá de quienes permanecen vivos sin mirar el contenido de la vida, lo que vacía así ese contenido, en una existencia que acompaña a la persona y la hace vivir: arremeter, volver a poner en cuestión, crear (Mounier, CEDI, 1951: 277).

No solamente se “impone” Mounier a sí mismo esta cuestión sino que, de igual forma, envía este mensaje siempre, unas veces con mayor acierto que otras en su contenido en el sentido de que su habilidad para con la eficacia de esta acción se va perfeccionando, a amigos y colegas con los que se escribe o a los que se dirige de forma indirecta, de manera que se elucide el hecho de que hay que vivir una vida esencialmente orientada a la acción, de la que dice que ciertamente carece de talla sin alguna cultura, pero que está hecha de reacción inmediata al acontecimiento, de presencia múltiple y de improvisación, aunque sorprenda, más que de maduración interior, que probablemente esté al final del camino (Mounier, GEN, 1954: 926).

Verdad y situación, pureza y eficacia, pero ¿en qué? y ¿por qué? En las acciones considerará Mounier que porque el fin de la persona le es, en cierto modo, interior, es decir, la búsqueda ininterrumpida de su vocación. Por ello, en esa variable doble de la vida personal el acontecimiento es el maestro, y Mounier (GEN,

1954: 926) fundará más tarde su pensamiento y acción en una de sus principales afirmaciones de valor: el acontecimiento será nuestro maestro interior. Pero advierte en la misma página (en una carta que escribe a Jean-Marie Domenach, en septiembre de 1949) que «esta autoridad moral que se nos reconoce no es un capital en depósito, es un producto corruptible que cada uno de nuestros actos madura o destruye».

No olvidemos que del personalismo mounieriano se desprende que la existencia personal no viene dada como algo pleno desde su origen, sino que se realiza progresivamente en la dialéctica interioridad-objetividad, relación que a su vez supone dos movimientos esenciales y complementarios de la persona: la conversión íntima y la exteriorización. Es ahí donde se descubre la vocación íntima de la persona.

En esta relación surge, además, la acción del hombre y ante los hombres, que colma por completo ambos movimientos y resulta para el personalismo de Mounier no una vocación ocasional, sino que es un elemento esencial en el universo personal y del pensamiento del hombre y la consumación de su amor: la persona tiene que darse toda entera (Mounier, RPC, 1935: 202).

La posibilidad que permite y que al mismo tiempo puede hacer torcer a la persona viene dada por la propia naturaleza de la acción y de la persona. Si la persona tiene que ser toda entera y tiene que darse toda entera, y en ello tienen sentido todas sus acciones, puesto que sus actos originales tienen que ver con la capacidad de comunicación con ella misma y con las otras personas, entonces, por rica que sea en otros aspectos la persona, se quiebra cuando ese acto se quiebra (Boyer, 1981).

Se han dado ya múltiples argumentos para entender esta relación, a los que se puede unir un corolario definitivo desde la lógica filosófica, que Mounier como un instrumento más utiliza en distintas ocasiones. Una de estas es cuando se refiere precisamente a este tema, el que explica con una regla de indiferencia o razonamiento simple, es decir, con un silogismo condicional.

El ejemplo concreto lo tenemos en la afirmación de la persona, de la que Mounier (PER, 1949: 38), además, imprime el siguiente

epígrafe: «La persona como acto y como elección». Así, por la manifestación de este silogismo –«ser es amar, hemos dicho. Pero ser también es afirmarse» (Mounier, PER, 1949: 38)– hay que entender que afirmarse es amar, precisamente por ese razonamiento que consta de tres proposiciones en la que se combinan tres términos.

Esta afirmación y esta comunicación tienen lugar como un acto en la persona que dice “yo” y, claro está, nunca en un planteamiento en donde se haga suceder la sustancia espiritual, en una medida que pueda parecer conferir necesidad y solidez para con el estudio objetivo del yo. «En la comunicación, –afirma Mounier (PER, 1949: 38)– el dato elemental de la experiencia no es el estado más sutil o más general que se quiera, sino el acto por el cual me afirmo al expresarme».

Si volvemos de nuevo a la dimensión que se nos aparece –“ser antes que hacer”– y admitimos que “ser es amar”, la persona por el movimiento que le hace ser, se *expone*, lo que nos lleva a admitir su naturaleza comunicable y, en virtud de ello, casi se podría decir que sólo existe en la medida en que existe para otros. Admitir este esquema en su plano más teórico, fundacional y hasta filosófico, y no apresurarnos a decir que el mismo planteamiento requiere de seguido una acción personal que vaya encaminada hacia un tipo de existencia, donde la persona se afirma y ama, y ambas la una por la otra, es, desde luego, un contrasentido.

Lo que se afirma, algo que está en plena sintonía con el argumento mounieriano, es que en vano existe una afirmación de la persona en el sentido de ser que no lleve consigo de una manera “palpable” el acto por medio del cual la persona se da porque ama y ama porque se da.

Y más aún, de nada sirve la contemplación de un esquema fundacional donde se admita la posibilidad del ser personal, por encima incluso del tener y del hacer, admitiendo dentro de ese esquema “teórico”, además, el hecho de que la persona siendo ama, es decir, ama porque es, si a esto no le sigue, y para ser más exactos, no le anticipa el acto que hace ser real tal esquema admitido, estamos manipulando un saco roto, donde introducimos todo aquello que pensamos o creemos es justo y necesario

para el hombre y la comunidad en su “debería ser”, sin hacer nada realmente, acudiendo a la siempre justificable aplicación de un tropel de excusas con las que disculpa las evidentes dimisiones, abstenciones y deserciones (Moreno Villa, 1995).

Este es un hecho de sobras conocido por Mounier. Uno de los sentidos que implica la cuestión referida por el personalismo en general y, sobre todo, por la peculiar visión de Mounier, es que el tratamiento que se le da al acto humano como parte integrante de los tratados sobre los principios fundamentales de la Ética, en donde es contemplado en el mismo dentro de los elementos esenciales de la moralidad, proporciona un punto de vista donde se indica que los actos humanos nacen de la voluntad ilustrada por la inteligencia, y que un acto es bueno si es conforme a la ley moral, y malo si opone a ella (Messner, 1967; Messner, 1969; Hildebrand, 1983; Rodríguez Luño, 1986).

### 3. EN UN ESCENARIO GLOBALIZADO UNA EDUCACIÓN PERSONALISTA

A la luz de lo que muy recientes estudios están confirmando sobre la cuestión, cuando incluso en algunos casos se incide sobre aspectos ya conocidos, donde se indica que por ejemplo la enseñanza, una de las actividades humanas más importantes para el ámbito personal, es una actividad moral, estudios que surgen en todo el mundo pero que cobran renovada importancia en el ámbito anglosajón, particularmente en Norteamérica (Goodlad, Soder y Sirotnik, 1990; Elbaz, 1992; Olson, 1992; Oser, Dick y Patry, 1992; Sockett, 1993; Oser, 1994; Ball y Wilson, 1996; Hostetler, 1997; entre otros muchos), se saca a relucir lo que de máxima importancia tiene el tema para Mounier, algo que en su simpleza nunca debe evidenciar sinrazón: en la práctica puede resultar más difícil determinar la moralidad de un acto concreto, porque el obrar humano es bastante complejo, y un acto puede ser bueno en algunos aspectos y malo según otros (los principios de la Ética proponen todavía más: para enjuiciar recatemente esa conducta es necesario distinguir las tres raíces de la moralidad, que son el obje-

to, el fin y las circunstancias, y saber el modo en que se relacionan).

La dificultad sobreviene cuando Mounier hace suya la bandera de que son precisamente aquellos que en cierta manera diseñan esta Ética, los que a renglón seguido plasman actos que no se soportan con esos principios, sino que se constituyen desde el valor del hombre y de la existencia, al tiempo que una especie de lado oscuro existencial plasmado en la práctica en unos actos incoherentes o dimisionarios.

Se parece, en la línea de esta convicción, a aquel mal de los existencialistas que censuraba Mounier en *Introducción a los existencialismos* (1947), justo al comienzo de su obra y antes de aportar un estudio crítico de los existencialismos. Mounier (IEX, 1947: 87) nos dice:

los atolondrados de hoy son tan irreflexivos que, en busca de nuevos excitantes, han ido a picar justo sobre el enjambre de doctrinas que introduce la reflexión condenando el atolondramiento. Y ni se han dado cuenta. La angustia del mundo encerrado entre las paredes de un café donde se charla, y ya sus corazones quedan satisfechos. Este es el primer tropiezo del existencialismo.

Sin embargo, no es este sólo un mal que abarca a los existencialismos (Moreno Villa, 1995), muchos hombres pasean unos delante de otros sus actitudes dimisionarias como si se tratase del único camino viable, admisible y justificable.

Es por ello lógico que comience Mounier (TCA, 1946) el capítulo dedicado al “dominio de la acción” expresando que la única prueba del hombre son sus actos. Este capítulo, que se sitúa en la parte final de la obra *Tratado del carácter* (1946), viene a representar, junto a los que le siguen, el desenlace final del estudio caracteriológico de la persona que culmina en la acción. El estudio del carácter, afirma Mounier (TCA, 1946), se corona con el estudio de la acción, cuya perspectiva gobierna todas las otras y hasta amenaza, incluso, con englobarlas.

Completamente actual es, en el ámbito del análisis de la enseñanza, el estudio de D. T. Hansen (2000), en donde se concluye en una



línea de apoyo no consciente al personalismo de Mounier que “la moral está en la práctica”.

En este sentido, se plantea que los maestros están muy bien situados para examinar con los estudiantes los grandes temas sociales. Según sugiere el argumento, apoyado por la literatura en cuestión (Burbules y Rice, 1991; Burbules, 1993; Fine, 1993), el cómo lo hacen puede ser tan importante como que lo hagan así. Es más, de una manera muy real, los maestros, al dedicarse a la buena práctica cotidiana en el aula, pueden ayudar indirectamente a los alumnos a desarrollar sus recursos intelectuales y morales, de tal modo que puedan responder a los acuciantes problemas sociales con los que se encuentran.

Por ello, los maestros pueden crear un sentido de comunidad en el aula mediante el cual puedan los alumnos aprender lo que significa estudiar temas y objetivos de forma concertada con los demás, y no sólo esto, sino que como resultado final de todas las actividades, su trabajo puede llevar como significado el apreciar el sentido de habitar en una comunidad ética junto con otros seres humanos que difieren de ellos en muchos aspectos (Hansen, 2000).

Estas consideraciones constituyen otra manera de entender que los significados morales en la enseñanza no tienen por qué ser importados desde el exterior (de la propia persona) hacia la práctica, sino que más bien acompañan al acto de la enseñanza.

En esto, concluyen las reflexiones de Hansen (2000: 145) en la respuesta a la pregunta de, entonces ¿qué moral en los actos docentes? Así, la respuesta es:

aquella que se encuentre incrustada en la enseñanza práctica. Esa moral pertenece a los maestros, del mismo modo que ellos le pertenecen. La moral está en la práctica. El significado moral de la enseñanza se puede derivar de los términos básicos del propio trabajo. Los maestros no tienen necesidad de mirar en otra parte, fuera de la práctica, para encontrar sus exigencias morales en el trabajo que realizan con los jóvenes.

Todo esto no nos puede llevar a entender que la importancia del “hacer” ofusque a la del

“ser”. No podemos malentender las palabras de Mounier en este sentido. Antes bien, por la acción tenemos una forma de ser, es decir, cabría de alguna manera la expresión de “somos lo que hacemos”.

Sin embargo, ¿cómo entender en este esquema el enunciado “ser antes que hacer”? Solamente aprehendiendo la certeza que da el saber que el poder del acto viene del hombre entero y que la acción en este hombre entero designa la experiencia espiritual integral, por medio de la cual el hombre por sus actos de ser inaugura el camino de la fecundidad íntima. Mounier (PER, 1949: 57) lo indica claramente: «se puede decir entonces: lo que no obra no es».

Es aquí donde entendemos aquello de que el valor de la palabra, la autenticidad de los pensamientos del hombre, se revelan de un modo irrefutable tan sólo en la confirmación que sus actos le aportan (TCA, 1946), porque de la misma manera que un pensamiento que no termina en una decisión es incompleto, la palabra intencionada y el valor que le da a la misma es inacabada e inmadura si no concluye en una obra, en una acción que amarra el sentido integral y espiritual de las acciones de la persona.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ball, D.L. y Wislon, S.M.: «Integrity in teaching: Recognizing the fusion of the moral and intellectual». *American Educational Research Journal*, 33 (1), 1996, 155-192.
- Boyer, R. (1981): *Actualité d'e. Mounier. La notion de personne*. Paris: Du Cerf.
- Burbules, N.C. (1993): *Dialogue in teaching: Theory and practice*. New York: Teachers College Press.
- Burbules, N.C. y Price, S.: «Dialogue across differences: Continuing the conversation». *Harvard Educational Review*, 61 (4), (1991) 393-416.
- Domínguez Prieto, X.M.: «Vocación y crecimiento de la persona». *Acontecimiento*, XVI (54), 2000, 33-36.

- Elbaz, F.: «Hope, attentiveness, and caring for difference: The moral voice in teaching». *Teaching and Teacher Education*, 8 (5/6), 1992, 421-432.
- Fine, M.: «“You can’t just say that the only ones who can speak are those who agree with your position”. Political discourse in the classroom». *Harvard Educational Review*, 63 (4), 1993, 412-433.
- García Álvarez, J.: «Pedagogía y patología de la vocación». *Acontecimiento*, XVI (54), 2000, 37-40.
- Goodlad, J.I.; Soder, R. y Sirotnik, K.A. (Eds.) (1990): *The moral dimensions of teaching*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Hansen, D.T.: «La moral está en la práctica». *Revista de Estudios del Curriculum*, 3 (1), marzo, 2000, 125-150.
- Hildebrand, D. von (1959): *Ética*, 1983. Madrid, Ediciones Encuentro.
- Hostetler, K.D. (1997): *Ethical judgment in teaching*. Boston Allyn and Bacon.
- Messner, J. (1967): *Ética social, política y económica a la luz del Derecho Natural*. Madrid: Rialp.
- Messner, J. (1969): *Ética general y aplicada*. Madrid: Rialp.
- Moreno Villa, M. (1995): *El hombre como persona*. Madrid: Caparrós Editores.
- Mounier, E. (1990): *Obras completas*. Salamanca: Sígueme.
- Olson, J. (1992): *Understanding teaching: Beyond expertise*. Milton Keynes: Open University Press.
- Oser, F.K.: «Moral perspectives on teaching». *Review of Research in Education*, 20, 1994, 57-127.
- Oser, F.K.; Dick, A. y Patry, J. L. (Eds.) (1992): *Effective and responsible teaching: The new synthesis*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Rodríguez Luño, A. (1986): *Ética*. Pamplona: Eunsa.
- Ruiz Fernández, A. (1991): *El sujeto ético en el pensamiento de Emmanuel Mounier*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Scheler, M. (1934): *Ordo amoris*. 1996. Madrid: Caparrós.
- Sockett, H. (1993): *The moral base for teacher professionalism*. New York: Teachers College Press.
- Unamuno, M. de (1913): *Del sentimiento trágico de la vida*. 1993, Madrid: Espasa Calpe.
- Vela López, F. (1989): *Persona, poder, educación. Una lectura de E. Mounier*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca-San Esteban.
- Zubiri, X. (1983): *Inteligencia y razón*. Madrid: Alianza Editorial.
- OBRAS DE EMMANUEL MOUNIER  
(TODAS ELLAS EN FRANCÉS EN SUS OBRAS  
COMPLETAS EN LA EDITORIAL DU SEUIL, DE PARÍS)
- RPC: *Revolución personalista y comunitaria*, 1935.
- MSP: *Manifiesto al servicio del personalismo*, 1936.
- TCA: *Tratado del carácter*, 1936.
- PYC: *Personalismo y cristianismo*, 1939.
- IEX: *Introducción a los existencialismos*, 1947.
- QEP: *¿Qué es el personalismo?*, 1947.
- PER: *El personalismo*, 1949.
- CRDI: *La cristiandad difunta*, 1950.
- CEDI: *Las certidumbres difíciles*, 1951.
- GEN: *Mounier y su generación*, 1954.